

**E
S
P
A
Ñ
O
L**

Alighieri Aretino Boccaccio
Carducci Campanella
Carroll Compagni
 Foscolo
Goldoni Gozzano
Lao-Tzu Machiavelli
 Pascoli
Pirandello
Tassoni Rabelais Platone

VIRTUALBOOKS

Apoio:



Patrocínio:



Realização:



**El hundimiento de la
Casa Usher
Edgar Allan Poe**

Copyright © 2000, virtualbooks.com.br

Todos os direitos reservados a Editora Virtual Books Online M&M Editores Ltda.É proibida a reprodução do conteúdo desta página em qualquer meio de comunicação, eletrônico ou impresso, sem autorização escrita da Editora.

El hundimiento de la Casa Usher Edgar Allan Poe

Su corazón es un laúd colgado; no bien lo tocan, resuena.

(DE BÉRANGER.)

Durante un día entero de otoño, oscuro, sombrío, silencioso, en que las
nubes se
cernían pesadas y opresoras en los cielos, había yo cruzado solo, a
caballo, a través
de una extensión singularmente monótona de campiña, y al final me
encontré,
cuando las sombras de la noche se extendían, a la vista de la
melancólica Casa de
Usher. No sé cómo sucedió; pero, a la primera ojeada sobre el edificio,
una
sensación de insufrible tristeza penetró en mi espíritu. Digo insufrible,
pues aquel
sentimiento no estaba mitigado por esa emoción semiagradable, por ser

poético, con
que acoge en general el ánimo hasta la severidad de las naturales
imágenes de la
desolación o del terror. Contemplaba yo la escena ante mí—la simple
casa, el simple
paisaje característico de la posesión, los helados muros, las ventanas
parecidas a
ojos vacíos, algunos juncos alineados y unos cuantos troncos blancos y
enfermizos—con una completa depresión de alma que no puede
compararse
apropiadamente, entre las sensaciones terrestres, más que con ese
ensueño posterior
del opiómano, con esa amarga vuelta a la vida diaria, a la atroz caída
del velo. Era
una sensación glacial, un abatimiento, una náusea en el corazón, una
irremediable
tristeza de pensamiento que ningún estímulo de la imaginación podía
impulsar a lo
sublime. ¿Qué era aquello—me detuve a pensarlo—, qué era aquello
que me
desalentaba así al contemplar la Casa de Usher? Era un misterio de
todo punto
insoluble; no podía luchar contra las sombrías visiones que se
amontonaban sobre mí
mientras reflexionaba en ello. Me vi forzado a recurrir a la conclusión
insatisfactoria
de que existen, sin lugar a dudas, combinaciones de objetos naturales
muy simples
que tienen el poder de afectarnos de este modo, aunque el análisis de
ese poder se
base sobre consideraciones en que perderíamos pie. Era posible, pensé,
que una
simple diferencia en la disposición de los detalles de la decoración, de

los
pormenores del cuadro, sea suficiente para modificar, para aniquilar
quizá, esa
capacidad de impresión dolorosa. Obrando conforme a esa idea, guié
mi caballo
hacia la orilla escarpada de un negro y lúgubre estanque que se extendía
con
tranquilo brillo ante la casa, y miré con fijeza hacia abajo—pero con un
estremecimiento más aterrador aún que antes—las imágenes
recompuestas e
invertidas de los juncos grisáceos de los lívidos troncos y de las
ventanas parecidas a
ojos vacíos.
Sin embargo, en aquella mansión lóbrega me proponía residir unas
semanas. Su
propietario, Roderick Usher, fué uno de mis joviales compañeros de
infancia; pero
habían transcurrido muchos años desde nuestro último encuentro. Una
carta, empero,
habíame llegado recientemente a una alejada parte de la comarca—una
carta de
él—, cuyo carácter de vehemente apremio no admitía otra respuesta
que mi
presencia. La letra mostraba una evidente agitación nerviosa. El autor
de la carta me
hablaba de una dolencia física aguda—de un trastorno mental que le
oprimía—y de
un ardiente deseo de verme, como a su mejor y en realidad su único
amigo,
pensando hallar en el gozo de mi compañía algún alivio a su mal. Era la
manera
como decía todas estas cosas y muchas más, era la forma suplicante de
abrirme su

pecho, lo que no me permitía vacilación y, por tanto, obedecí desde luego, lo que consideraba yo, pese a todo, como un requerimiento muy extraño. Aunque de niños hubiéramos sido camaradas íntimos, bien mirado, sabía yo muy poco de mi amigo. Su reserva fué siempre excesiva y habitual. Sabía, no obstante, que pertenecía a una familia muy antañona que se había distinguido desde tiempo inmemorial por una peculiar sensibilidad de temperamento, desplegada a través de los siglos en muchas obras de un arte elevado, y que se manifestaba desde antiguo en actos repetidos de una generosa aunque recatada caridad, así como por una apasionada devoción a las dificultades, quizá más bien que a las bellezas ortodoxas y sin esfuerzo reconocibles de la ciencia musical. Tuve también noticia del hecho muy notable de que del tronco de la estirpe de los Usher, por gloriosamente antiguo que fuese, no había brotado nunca, en ninguna época, rama duradera; en otras palabras: que la familia entera se había perpetuado siempre en línea directa, salvo muy insignificantes y pasajeras excepciones. Semejante deficiencia, pensé—mientras revisaba en mi imaginación la perfecta concordancia de aquellas aserciones con el carácter proverbial de la raza, y mientras reflexionaba en la posible influencia que una de ellas podía haber ejercido, en una larga serie de siglos, sobre la otra—, era acaso aquella ausencia de rama colateral y

de
consiguiente transmisión directa, de padre a hijo, del patrimonio del
nombre, lo que
había, a la larga, identificado tan bien a los dos, uniendo el título
originario de la
posesión a la arcaica y equívoca denominación de “Casa de Usher”,
denominación
empleada por los lugareños, y que parecía juntar en su espíritu la familia
y la casa
solariega.

Ya he dicho que el único efecto de mi experiencia un tanto pueril—
contemplar abajo
el estanque—fué hacer más profunda aquella primera impresión. No
puedo dudar
que la conciencia de mi acrecida superstición—¿por qué no definirla
así?—sirvió
para acelerar aquel crecimiento. Tal es, lo sabía desde larga fecha, la
paradójica ley
de todos los sentimientos basados en el terror. Y aquélla fué tal vez la
única razón
que hizo, cuando mis ojos desde la imagen del estanque se alzaron hacia
la casa
misma, que brotase en mi mente una extraña visión, una visión tan
ridícula, en
verdad, que si hago mención de ella es para demostrar la viva fuerza de
las
sensaciones que me oprimían. Mi imaginación había trabajado tanto,
que creía
realmente que en torno a la casa y la posesión enteras flotaba una
atmósfera
peculiar, así como en las cercanías más inmediatas; una atmósfera que
no tenía
afinidad con el aire del cielo, sino que emanaba de los enfermizos

árboles, de los
muros grisáceos y del estanque silencioso; un vapor pestilente y místico,
opaco,
pesado, apenas discernible, de tono plomizo.
Sacudí de mi espíritu lo que no podía ser más que un sueño, y examiné
más
minuciosamente el aspecto real del edificio. Su principal característica
parecía ser la
de una excesiva antigüedad. La decoloración ocasionada por los siglos
era grande.
Menudos hongos se esparcían por toda la fachada, tapizándola con la
fina trama de
un tejido, desde los tejados. Por cierto que todo aquello no implicaba
ningún
deterioro extraordinario. No se había desprendido ningún trozo de la
mampostería, y
parecía existir una violenta contradicción entre aquella todavía perfecta
adaptación
de las partes y el estado especial de las piedras desmenuzadas. Aquello
me
recordaba mucho la espaciosa integridad de esas viejas maderas
labradas que han
dejado pudrir durante largos años en alguna olvidada cueva, sin
contacto con el
soplo del aire exterior. Aparte de este indicio de ruina extensiva, el
edificio no
presentaba el menor síntoma de inestabilidad. Acaso la mirada de un
observador
minucioso hubiera descubierto una grieta apenas perceptible que,
extendiéndose
desde el tejado de la fachada, se abría paso, bajando en zigzag por el
muro, e iba a
perdersse en las tétricas aguas del estanque.

Observando estas cosas, seguí a caballo un corto terraplén hacia la casa. Un lacayo que esperaba cogió mi caballo, y entré por el arco gótico del vestíbulo. Un criado de furtivo andar me condujo desde allí, en silencio, a través de muchos corredores oscuros e intrincados, hacia el estudio de su amo. Muchas de las cosas que encontré en mi camino contribuyeron, no sé por qué, a exaltar esas vagas sensaciones de que he hablado antes. Los objetos que me rodeaban—las molduras de los techos, los sombríos tapices de las paredes, la negrura de ébano de los pisos y los fantasmagóricos trofeos de armas que tintineaban con mis zancadas—eran cosas muy conocidas para mí, a las que estaba acostumbrado desde mi infancia, y aunque no vacilase en reconocerlas todas como familiares, me sorprendió lo insólitas que eran las visiones que aquellas imágenes ordinarias despertaban en mí. En una de las escaleras me encontré al médico de la familia. Su semblante, pensé, mostraba una expresión mezcla de baja astucia y de perplejidad. Me saludó con azaramiento, y pasó. El criado abrió entonces una puerta y me condujo a presencia de su señor. La habitación en que me hallaba era muy amplia y alta; las ventanas, largas, estrechas y ojivales, estaban a tanta distancia del negro piso de roble, que eran en absoluto inaccesibles desde dentro. Débiles rayos de una luz roja abríanse paso a

través de los cristales enrejados, dejando lo bastante en claro los principales objetos de alrededor; la mirada, empero, luchaba en vano por alcanzar los rincones lejanos de la estancia, o los entrantes del techo abovedado y con artesones. Oscuros tapices colgaban de las paredes. El mobiliario general era excesivo, incómodo, antiguo y deslucido. Numerosos libros e instrumentos de música yacían esparcidos en torno, pero no bastaban a dar vitalidad alguna a la escena. Sentía yo que respiraba una atmósfera penosa. Un aire de severa, profunda e irremisible melancolía se cernía y lo penetraba todo. A mi entrada, Usher se levantó de un sofá sobre el cual estaba tendido por completo, y me saludó con una calurosa viveza que se asemejaba mucho, tal vez fué mi primer pensamiento, a una exagerada cordialidad, al obligado esfuerzo de un hombre de mundo ennuyé (1). Con todo, la ojeada que lancé sobre su cara me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos, y durante unos momentos, mientras él callaba, le miré con un sentimiento mitad de piedad y mitad de pavor. ¡De seguro, jamás hombre alguno había cambiado de tan terrible modo y en tan breve tiempo como Roderick Usher! A duras penas podía yo mismo persuadirme a admitir la identidad del que estaba frente a mí con el compañero de mis primeros años. Aun así el

carácter de su fisonomía había sido siempre notable.

Un cutis cadavérico, unos ojos grandes, líquidos y luminosos sobre toda comparación;

unos labios algo finos y muy pálidos, pero de una curva incomparablemente bella;

una nariz de un delicado tipo hebraico, pero de una anchura desacostumbrada en

semejante forma; una barbilla moldeada con finura, en la que la falta de prominencia revelaba una falta de energía; el cabello, que por su tenuidad suave

parecía tela de araña; estos rasgos, unidos a un desarrollo frontal excesivo,

componían en conjunto una fisonomía que no era fácil olvidar. Y al presente, en la

simple exageración del carácter predominante de aquellas facciones, y en la

expresión que mostraban, se notaba un cambio tal, que dudaba yo del hombre a

quien hablaba. La espectral palidez de la piel y el brillo ahora milagroso de los ojos

me sobrecogían sobre toda ponderación, y hasta me aterraban.

Además, había él

dejado crecer su sedoso cabello sin preocuparse, y como aquel tejido arácnico

flotaba más que caía en torno a la cara, no podía yo, ni haciendo un esfuerzo,

relacionar a aquella expresión arabesca con idea alguna de simple humanidad.

Me chocó lo primero cierta incoherencia, una contradicción en las maneras de mi

amigo, y pronto descubrí que aquello procedía de una serie de pequeños y fútiles

esfuerzos por vencer un azaramiento habitual, una excesiva agitación

nerviosa.

Estaba ya preparado para algo de ese género, no sólo por su carta, sino por los

recuerdos de ciertos rasgos de su infancia, y por las conclusiones deducidas de su

peculiar conformación física y de su temperamento. Sus actos eran tan pronto vivos

como indolentes. Su voz variaba rápidamente de una indecisión trémula (cuando su

ardor parecía caer en completa inacción) a esa especie de concisión enérgica, a esa

enunciación abrupta, pesada, lenta—una enunciación hueca—, a ese habla gutural,

plúmbea, muy bien modulada y equilibrada, que puede observarse en el borracho

perdido o en el incorregible comedor de opio, durante los períodos de su más intensa

excitación.

Así, pues, habló del objeto de mi visita, de su ardiente deseo de verme, y de la

alegría que esperaba de mí. Se extendió bastante rato sobre lo que pensaba acerca

del carácter de su dolencia. Era, dijo, un mal constitucional, de familia, para el cual

desesperaba de encontrar un remedio; una simple afección nerviosa, añadió acto

seguido, que, sin duda, desaparecía pronto. Se manifestaba en una multitud de

sensaciones extranaturales... Algunas, mientras me las detallaba, me interesaron y

confundieron, aunque quizá los términos y gestos de su relato influyeron bastante en

ello. Sufría él mucho de una agudeza morbosa de los sentidos; sólo

toleraba los
alimentos más insípidos; podía usar no más que prendas de cierto
tejido; los aromas
de todas las flores le sofocaban, una luz, incluso débil, atormentaba sus
ojos, y
exclusivamente algunos sonidos peculiares, los de los instrumentos de
cuerda, no le
inspiraban horror.

Vi que era el esclavo forzado de una especie de terror anómalo.
—Moriré—dijo—, debo morir de esta lamentable locura. Así, así y no
de otra manera,
debo morir. Temo los acontecimientos futuros, no en sí mismos, sino en
sus
consecuencias. Tiemblo al pensamiento de cualquier cosa, del más trivial
incidente
que pueden actuar sobre esta intolerable agitación de mi alma. Siento
verdadera
aversión al peligro, excepto en su efecto absoluto: el terror. En tal
estado de
excitación, en tal estado lamentable, presiento que antes o después
llegará un
momento en que han de abandonarme a la vez la vida y la razón, en
alguna lucha
con el horrendo fantasma, con el miedo.
Supe también a intervalos, por insinuaciones interrumpidas y ambiguas,
otra
particularidad de su estado mental. Estaba él encadenado por ciertas
impresiones
supersticiosas, relativas a la mansión donde habitaba, de la que no se
había atrevido
a salir desde hacía muchos años, relativas a una influencia cuya supuesta
fuerza
expresaba en términos demasiado sombríos para ser repetidos aquí, una

influencia

que algunas particularidades en la simple forma y materia de su casa solariega

habían, a costa de un largo sufrimiento, decía él, logrado sobre su espíritu un efecto

que lo físico de los muros y de las torres grises, y del oscuro estanque en que todo se

reflejaba, había al final creado sobre lo moral de su existencia.

Admitía él, no obstante, aunque con vacilación, que gran parte de la especial tristeza

que le afligía podía atribuirse a un origen más natural y mucho más palpable, a la

cruel y ya antigua dolencia, a la muerte—sin duda cercana—de una hermana

tiernamente amada, su sola compañera durante largos años, su última y única

parienta en la tierra.

—Su fallecimiento—dijo él con una amargura que no podré nunca olvidar—me

dejará (a mí, el desesperanzado, el débil) como el último de la antigua raza de los

Usher.

Mientras hablaba, lady Madeline (así se llamaba) pasó por la parte más distante de la

habitación, y sin fijarse en mi presencia, desapareció. La miré con un enorme

asombro no desprovisto de terror, y, sin embargo, me pareció imposible darme

cuenta de tales sentimientos. Una sensación de estupor me oprimía conforme mis

ojos seguían sus pasos que se alejaban. Cuando al fin se cerró una puerta tras ella,

mi mirada buscó instintivamente la cara de su hermano, pero él había

hundido el

rostro en sus manos, y sólo pude observar que una palidez mayor que la habitual se

había extendido sobre los descarnados dedos, a través de los cuales goteaban

abundantes lágrimas apasionadas.

La enfermedad de lady Madeline había desconcertado largo tiempo la ciencias de

sus médicos. Una apatía constante, un agotamiento gradual de su persona, y

frecuentes, aunque pasajeros ataques de carácter cataléptico parcial, eran el

singular diagnóstico. Hasta entonces había ella soportado con firmeza la carga de su

enferme, sin resignarse, por fin, a guardar cama; pero, al caer la tarde de mi llegada

a la casa, sucumbió (como su hermano me dijo por la noche con una inexpresable

agitación) al poder postrador del mal, y supe dela mirada que yo le había dirigido

sería, probablemente, la última, que no vería ya nunca más a aquella dama, viva al

menos.

En varios días consecutivos no fué mencionado su nombre ni por Usher ni por mí, y

durante ese período hice esfuerzos arduos para aliviar la melancolía de mi amigo.

Pintamos y leímos juntos, o si no, escuchaba yo, como un sueño, sus fogosas

improvisaciones en su elocuente guitarra. Y así, a medida que una intimidad cada

vez más estrecha me admitía con mayor franqueza en las reconditeces de su alma,

percibía yo más amargamente la inutilidad de todo esfuerzo para alegrar un espíritu
cuya negrura, como una cualidad positiva que le fuese inherente, derramaba sobre
todos los objetos del universo moral u físico una irradiación incesante de tristeza.

Conservaré siempre el recuerdo de muchas horas solemnes que pasé solo con el
dueño de la Casa de Usher. A pesar de todo, intentaría en balde expresar el carácter
exacto de los estudios o de las ocupaciones en que me complicaba o cuyo camino
me mostraba. Una idealidad ardiente, elevada, enfermiza, arrojaba su luz sulfúrea
por doquiera. Sus largas improvisaciones fúnebres resonarán siempre en mis oídos.

Entre otras cosas, recuerdo dolorosamente cierta singular perversión, amplificada,
del aria impetuosa del último vals de Weber. En cuanto a las pinturas que incubaba
su laboriosa fantasía—que llegaba, trazo a trazo, a una vaguedad que me hacía
estremecer con mayor conmoción, pues temblaba sin saber por qué—, en cuanto a
aquella pinturas (de imágenes tan vivas, que las tengo aún ante mí), en vano
intentaría yo extraer de ellas la más pequeña parte que pudiese estar contenida en
el ámbito de las simples palabras escritas. Por la completa sencillez, por la desnudez
de sus dibujos, inmovilizaba y sobrecogía la atención. Si alguna vez un mortal pintó
una idea, ese mortal fue Roderick Usher. Para mí, al menos, en las

circunstancias
que me rodeaban, de las puras abstracciones que el hipocondríaco se
ingeniaba en
lanzar sobre su lienzo, se alzaba un terror intenso, intolerable, cuya
sombra no he
sentido nunca en la contemplación de los sueños, sin duda, refulgentes,
aunque
demasiado concretos, de Fuseli.

Una de las concepciones fantasmagóricas de mi amigo, en que el
espíritu de
abstracción no participaba con tanta rigidez, puede ser esbozada,
aunque apenas,
con palabras. Era un cuadrito que representaba el interior de una cueva
o túnel

intensamente largo y rectangular, de muros bajos, lisos, blancos y sin
interrupción ni
adorno. Ciertos detalles accesorios del dibujo servían para hacer
comprender la idea
de que aquella excavación estaba a una profundidad excesiva bajo la
superficie de
la tierra. No se veía ninguna salida a lo largo de su vasta extensión, ni se
divisaba
antorcha u otra fuente artificial de luz, y, sin embargo, una oleada de
rayos intensos
rodaba de parte a parte, bañándolo todo en un lívido e inadecuado
splendor.

Acabo de hablar de ese estado morbosos del nervio auditivo que hacía
toda música
intolerable para el paciente, excepto ciertos efectos de los instrumentos
de cuerda.

Eran, quizá, los límites estrechos en los cuales se había confinado él
mismo al tocar
la guitarra los que habían dado en gran parte aquel carácter fantástico a

sus interpretaciones. Pero en cuanto a la férvida facilidad de sus *impromptus*, no podía uno darse cuenta así. Tenían que ser, y lo eran, en las notas lo mismo que en las palabras de sus fogosas fantasías (pues él las acompañaba a menudo con improvisaciones verbales rimadas), el resultado de ese intenso recogimiento, de esa concentración mental a los que he aludido antes, y que se observan sólo en los momentos especiales de la más alta excitación artificial. Recuerdo bien las palabras de una de aquellas rapsodias. Me impresionó acaso más fuertemente cuando él me la dió, porque bajo su sentido interior o místico me pareció percibir por primera vez que Usher tenía plena conciencia de su estado, que sentía cómo su sublime razón se tambaleaba sobre su trono. Aquellos versos, titulados *El palacio hechizado*, eran, poco más o menos, si no al pie de la letra, los siguientes:

I

En el más verde de nuestros valles,
habitado por los ángeles buenos,
antaño un bello y majestuoso palacio
—un radiante palacio—alzaba su frente.
En los dominios del rey Pensamiento,
¡allí se elevaba!
Jamás un serafín desplegó el ala
sobre un edificio la mitad de bello.

II

Banderas amarillas, gloriosas doradas
sobre su remate flotaban y ondeaban
(esto, todo esto, sucedía hace mucho,
muchísimo tiempo);
y a cada suave brisa que retozaba
en aquellos gratos días,
a lo largo de los muros pálidos y empenachados
se elevaba un aroma alado.

III

Los que vagaban por ese alegre valle,
a través de dos ventanas iluminadas, veían
espíritus moviéndose musicalmente
a los sonos de un laúd bien templado,
en torno a un trono donde, sentado
(¡porfirogénito!)
con un fausto digno de su gloria,
aparecía el señor del reino.

IV

Y refulgente de perlas y rubíes
era la puerta del bello palacio
por la que salía a oleadas, a oleadas, a oleadas
y centelleaba sin cesar,
una turba de Ecos cuya grata misión
era sólo cantar,
con voces de magnífica belleza,
el talento y el saber de su rey.

V

Pero seres malvados, con ropajes de luto,
asaltaron la elevada posición del monarca;
(¡ah, lloremos, pues nunca el alba
despuntará sobre él, el desolado!)
Y en torno a su mansión, la gloria
que rojeaba y florecía
es sólo una historia oscuramente recordada
de las viejas edades sepultadas.

VI

Y ahora los viajeros, en ese valle,
a través de las ventanas rojizas, ven
amplias formas moviéndose fantásticamente
amplias formas moviéndose fantásticamente
en una desacorde melodía;
mientras, cual un rápido y horrible río,
a través de la pálida puerta
una horrenda turba se precipita eternamente,
riendo, mas sin sonreír nunca más.
Recuerdo muy bien que las sugerencias suscitadas por esta balada nos
sumieron en
una serie de pensamientos en la que se manifestó una opinión de Usher
que
menciono aquí, no tanto en razón de su novedad (pues otros hombres
han pensado lo
mismo) (2), sino a causa de la tenacidad con que él la mantuvo. Esta
opinión, en su
forma general, era la de la sensibilidad de todos los seres vegetales.
Pero en su
trastornada imaginación la idea había asumido un carácter más atrevido
aún, e
invadía, bajo ciertas condiciones, el reino inorgánico. Me faltan palabras

para

expresar toda la extensión o el serio abandono de su convencimiento.

Esta creencia,

empero, se relacionaba (como ya antes he sugerido) con las piedras

grises de la

mansión de sus antepasados. Aquí las condiciones de la sensibilidad

estaban

cumplidas, según él imaginaba, por el método de colocación de aquellas

piedras,

por su disposición, así como por los numerosos hongos que las cubrían

y los árboles

enfermizos que se alzaban alrededor, pero sobre todo por la

inmutabilidad de

aquella disposición y por su desdoblamiento en las quietas aguas del

estanque. La

prueba—la prueba de aquella sensibilidad—estaba, decía él (y yo le oía

hablar,

sobresaltado), en la gradual, pero evidente condensación, por encima

de las aguas y

alrededor de los muros, de una atmósfera que les era propia. El

resultado se

descubría, añadía él, en aquella influencia muda, aunque importuna y

terrible, que

desde hacía siglos había moldeado los destinos de su familia, y que le

hacía a él tal

como le veía yo ahora, tal como era. Semejantes opiniones no necesitan

comentarios, y no los haré.

Nuestros libros—los libros que desde hacía años formaban una parte

no pequeña de

la existencia espiritual del enfermo—estaban, como puede suponerse,

de estricto

acuerdo con aquel carácter fantasmal. Estudiábamos minuciosamente

obras como el

Vertvert et Chartreuse, de Gresset; el Belphegor, de Maquiavelo; El cielo y el infierno, de Swedenborg; el Viaje subterráneo, de Nicolás Klimm de Holberg; la Quiromancia, de Roberto Flaud, de Jean d'Indaginé y de De la Chambre; el Viaje por el espacio azul, de Tieck, y la Ciudad del Sol, de Campanella. Uno de sus volúmenes favoritos era una pequeña edición in octavo del Directorium Inquisitorium, por el dominico Eymeric de Gironne; y había pasajes, en Pomponius Mela, acerca de los antiguos sátiros africanos o egipcios, sobre los cuales Usher soñaba durante horas enteras. Su principal delicia, con todo, la encontraba en la lectura atenta de un raro y curioso libro gótico in-cuarto—el manual de una iglesia olvidada—, las Vigiliae Mortuorum Secundum Chorom Ecclesiae Maguntinae. Pensaba a mi pesar en el extraño ritual de aquel libro, y en su probable influencia sobre el hipocondríaco, cuando, una noche, habiéndome informado bruscamente de que lady Madeline ya no existía anunció su intención de conservar el cuerpo durante una quincena (antes de su enterramiento final) en una de las numerosas criptas situadas bajo los gruesos muros del edificio. La razón profana que daba sobre aquella singular manera de proceder era de esas que no me sentía yo con libertad para discutir. Como hermano, había adoptado aquella resolución (me dijo él) en

consideración al carácter insólito de la enfermedad de la difunta, a cierta curiosidad importuna e indiscreta por parte de los hombres de ciencia, y a la alejada y expuesta situación del panteón familiar. Confieso que, cuando recordé el siniestro semblante del hombre con quien me había encontrado en la escalera el día de mi llegada a la casa, no sentí deseo de oponerme a lo que consideraba todo lo más como una precaución inocente, pero muy natural. A ruegos de Usher, le ayudé personalmente en los preparativos de aquel entierro temporal. Pusimos el cuerpo en el féretro, y entre los dos lo transportamos a su lugar de reposo. La cripta en la que lo dejamos (y que estaba cerrada hacía tanto tiempo, que nuestras antorchas, semiacabadas en aquella atmósfera sofocante, no nos permitían ninguna investigación) era pequeña, húmeda y no dejaba penetrar la luz; estaba situada a una gran profundidad, justo debajo de aquella parte de la casa donde se encontraba mi dormitorio. Había sido utilizada, al parecer, en los lejanos tiempos feudales, como mazmorra, y en días posteriores, como depósito de pólvora o de alguna otra materia inflamable, pues una parte del suelo y todo el interior de una larga bóveda que cruzamos para llegar hasta allí estaban cuidadosamente revestidos de cobre. La puerta, de hierro macizo, estaba también protegida de igual modo.

Cuando aquel inmenso peso giraba sobre sus goznes producía un ruido singular,

agudo y chirriante.

Depositamos nuestro lúgubre fardo sobre unos soportes en aquella región de horror,

apartamos un poco la tapa del féretro, que no estaba aún atornillada, y miramos la

cara del cadáver. Un parecido chocante entre el hermano y la hermana atrajo en

seguida mi atención, y Usher, adivinando tal vez mis pensamientos, murmuró unas

palabras, por las cuales supe que la difunta y él eran gemelos, y que habían existido

siempre entre ellos unas simpatías de naturaleza casi inexplicables.

Nuestras

miradas, entre tanto, no permanecieron fijas mucho tiempo sobre la muerta, pues no

podíamos contemplarla sin espanto. El mal que había llevado a la tumba a lady

Madeline en la plenitud de su juventud había dejado, como suele suceder en las

enfermedades de carácter estrictamente cataléptico, la burla de una débil coloración

sobre el seno y el rostro, y en los labios, esa sonrisa equívoca y morosa que es tan

terrible en la muerte. Volvimos a colocar y atornillamos la tapa, y después de haber

asegurado la puerta de hierro, emprendimos de nuevo nuestro camino hacia las

habitaciones superiores de la casa, que no eran menos tristes.

Y entonces, después de un lapso de varios días de amarga pena, tuvo lugar un

cambio visible en los síntomas de la enfermedad mental de mi amigo.

Sus maneras

corrientes desaparecieron. Sus ocupaciones ordinarias eran descuidadas u olvidadas.

Vagaba de estancia en estancia con un paso precipitado, desigual y sin objeto. La

palidez de su fisonomía había adquirido si es posible, un color más lívido; pero la

luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. No oía ya aquel tono de

voz áspero que tenía antes en ocasiones, y un temblor que se hubiera dicho causado

por un terror sumo, caracterizaba de ordinario su habla. Me ocurría a veces, en

realidad, pensar que su mente, agitada sin tregua, estaba torturada por algún secreto

opresor, cuya divulgación no tenía el valor para efectuar. Otras veces me veía yo

obligado a pensar, en suma, que se trataba de rarezas inexplicables de la demencia,

pues le veía mirando al vacío durante largas horas en una actitud de profunda

atención, como si escuchase un ruido imaginario. No es de extrañar que su estado

me aterrara, que incluso sufriese yo su contagio. Sentía deslizarse dentro de mí, en

una gradación lenta, pero segura, la violenta influencia de sus fantásticas, aunque

impresionantes supersticiones.

Fué en especial una noche, la séptima o la octava desde que depositamos a lady

Madeline en la mazmorra, antes de retirarnos a nuestros lechos, cuando experimenté

toda la potencia de tales sensaciones. El sueño no quería acercarse a mi

lecho,
mientras pasaban y pasaban las horas. Intenté buscar un motivo al nerviosismo que me dominaba. Me esforcé por persuadirme de que lo que sentía era debido, en parte al menos, a la influencia trastornadora del mobiliario opresor de la habitación, a los sombríos tapices desgarrados que, atormentados por las ráfagas de una tormenta que se iniciaba, vacilaban de un lado a otro sobre los muros y crujián penosamente en torno a los adornos del lecho. Pero mis esfuerzos fueron inútiles. Un irreprimible temblor invadió poco a poco mi ánimo, y a la larga una verdadera pesadilla vino a apoderarse por completo de mi corazón. Respiré con violencia, hice un esfuerzo, logré sacudirla, e incorporándome sobre las almohadas y clavando una ardiente mirada en la densa oscuridad de la habitación, presté oído—no sabría decir por que me impulsó una fuerza instintiva—a ciertos ruidos vagos, apagados e indefinidos que llegaban hasta mí a través de las pausas de la tormenta. Dominado por una intensa sensación de horror, inexplicable e insufrible me vestí de prisa (pues sentía que no iba a serme posible dormir en toda la noche) y procuré, andando a grandes pasos por la habitación, salir del estado lamentable en que estaba sumido. Apenas había dado así unas vueltas, cuando un paso ligero por una escalera cercana atrajo mi atención. Reconocí muy pronto que era el paso de Usher. Un

instante

después llamó suavemente en mi puerta y entró, llevando una lámpara.

Su cara era,

como de costumbre, de una palidez cadavérica; pero había, además, en sus ojos una

especie de loca hilaridad, y en todo su porte, una histeria evidentemente contenida.

Su aspecto me aterró; pero todo era preferible a la soledad que había yo soportado

tanto tiempo, y acogí su presencia como un alivio.

—¿Y usted no ha visto esto?—dijo él bruscamente, después de permanecer algunos

momentos en silencio mirándome—. ¿No ha visto usted esto? ¡Pues espere! Lo verá.

Mientras hablaba así, y habiendo resguardado cuidadosamente su lámpara, se

precipitó hacia una de las ventanas y la abrió de par en par a la tormenta.

La impetuosa furia de la ráfaga nos levantó casi del suelo. Era, en verdad, una noche

tempestuosa; pero espantosamente bella, de una rareza singular en su terror y en su

belleza. Un remolino había concentrado su fuerza en nuestra proximidad, pues había

cambios frecuentes y violentos en la dirección del viento, y la excesiva densidad de

las nubes (tan bajas, que pasaban sobre las tordillas de la casa) no nos impedía

apreciar la viva velocidad con la cual acudían unas contra otras desde todos los

puntos, en vez de perderse a distancia. Digo que su excesiva densidad no nos

impedía percibir aquello, y aun así, no divisábamos ni la luna ni las

estrellas, ni
relámpago alguno proyectaba su resplandor. Pero las superficies
inferiores de
aquellas vastas masas de agitado vapor, lo mismo que todos los objetos
terrestres
muy cerca alrededor nuestro, reflejaban la claridad sobrenatural de una
emanación
gaseosa que se cernía sobre la casa y la envolvía en una mortaja
luminosa y bien
visible.

—¡No debe usted, no contemplará usted esto! —dije, temblando, a
Usher, y le llevé
con suave violencia desde la ventana a una silla—. Esas apariciones que
le
trastornan son simples fenómenos eléctricos, nada raros, o puede que
tengan su
horrible origen en los fétidos miasmas del estanque. Cerremos esta
ventana; el aire
es helado y peligroso para su organismo. Aquí tiene usted una de sus
novelas
favoritas. Leeré, y usted escuchará: y así pasaremos esta terrible noche,
juntos.

El antiguo volumen que había yo cogido era el *Mad Trist*, de sir
Launcelot Canning;
pero lo había llamado el libro favorito de Usher por triste chanza, pues,
en verdad,
con su tosca y pobre prolijidad, poco atractivo podía ofrecer para la
elevada y
espiritual idealidad de mi amigo. Era, sin embargo, el único libro que
tenía
inmediatamente a mano, y me entregué a la vaga esperanza de que la
excitación
que agitaba al hipocondríaco podría hallar alivio (pues la historia de los

trastornos mentales está llena de anomalías semejantes) hasta en la exageración de las locuras que iba yo a leerle. A juzgar por el gesto de predominante y ardiente interés con que escuchaba o aparentaba escuchar las frases de la narración, hubiese podido congratularme del éxito de mi propósito. Había llegado a esa parte tan conocida de la historia en que Ethelredo, el héroe del Trist, habiendo intentado en vano penetrar pacíficamente en la mora da del ermitaño, se decide a entrar por la fuerza. Aquí, como se recordará, dice lo siguiente la narración:

“Y Ethelredo que era por naturaleza de valeroso corazón, y que ahora sentíase, además, muy fuerte, gracias a la potencia del vino que había bebido no esperó más tiempo para hablar con el ermitaño quien tenía de veras el ánimo propenso a la obstinación y a la malicia; pero, sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo el desencadenamiento de la tempestad, levantó su maza, y con unos golpe abrió pronto un camino, a través de las tablas de la puerta, a su mano enguantada de hierro; y entonces tirando con ella vigorosamente hacia sí, hizo crujir, hundirse y saltar todo en pedazos, de tal modo, que el ruido de la madera seca y sonando a hueco repercutió de una parte a otra de la selva.”

Al final de esta frase me estremecí e hice un pausa, pues me había

parecido (aunque
pensé e seguida que mi excitada imaginación me engañaba) que de una
parte muy
alejada de la mansión llegaba confuso a mis oídos un ruido que se
hubiera dicho, a
causa de su exacta semejanza de tono, el eco (pero sofocado y sordo,
ciertamente de
aquel ruido real de crujido y de arrancamiento descrito con tanto detalle
por sir
Launcelot. Era sin duda, la única coincidencia lo que había atraído tan
sólo mi
atención, pues entre el golpeteo de las hojas de las ventanas y los ruidos
mezclados
de la tempestad creciente, el sonido en sí mismo no tenía, de seguro,
nada que
pudiera intrigarme o turbarme.

Continué la narración:

“Pero el buen campeón Ethelredo, franqueando entonces la puerta, se
sintió

dolorosamente furioso y asombrado al no percibir rastro alguno del
malicioso

ermitaño, sino, en su lugar, un dragón de una apariencia fenomenal y
escamosa, con

una lengua de fuego, y que estaba de centinela ante un palacio de oro,
con el suelo

de plata, y sobre el muro aparecía colgado un escudo brillante de
bronce, con esta

leyenda encima:

El que entre aquí, vencedor será;

el que mate al dragón, el escudo ganará.

“Ethelredo levantó su maza y golpeó sobre la cabeza del dragón, que
cayó ante él y

exhaló su aliento pestilente con un ruido tan horrendo, áspero y

penetrante a la vez,
que Ethelredo tuvo que taparse los oídos con las manos para resistir
aquel terrible
estruendo como no lo había él oído nunca antes.”
Aquí hice de súbito una nueva pausa, y ahora con una sensación de
violento
asombro, pues no cabía duda de que había yo oído esta vez (érame
imposible decir
de qué dirección venía) un ruido débil y como lejano, pero áspero,
prolongado,
singularmente agudo y chirriante, la contrapartida exacta del rito
sobrenatural del
dragón descrito por el novelista y tal cual mi imaginación se lo había ya
figurado.
Oprimido como lo estaba, sin duda, por aquella segunda y muy
extraordinaria
coincidencia, por mil sensaciones contradictorias, entre las cuales
predominaban un
asombro y un terror extremos, conservé, empero, la suficiente presencia
de ánimo
para tener cuidado de no excitar con una observación cualquiera la
sensibilidad
nerviosa de mi compañero. No estaba seguro en absoluto de que él
hubiera notado
los ruidos en cuestión, siquiera, a no dudar, una extraña alteración
habíase
manifestado, desde hacía unos minutos, en su actitud. De su posición
primera
enfrente de mí había él hecho girar gradualmente su silla de modo a
encontrarse
sentado con la cara vuelta hacia la puerta de la habitación; así, sólo
podía yo ver
parte de sus rasgos, aunque noté que sus labios temblaban como si

dejasen escapar
un murmullo inaudible. Su cabeza estaba caída sobre su pecho, y, no
obstante, yo
sabía que no estaba dormido, pues el ojo que entreveía de perfil
permanecía abierto
y fijo. Además, el movimiento de su cuerpo contradecía también aquella
idea, pues
se balanceaba con suave, pero constante y uniforme oscilación. Noté,
desde luego,
todo eso, y reanudé el relato de sir Launcelot, que continuaba así:
“Y ahora el campeón, habiendo escapado de la terrible furia del dragón,
y
recordando el escudo de bronce, y que el encantamiento que sobre él
pesaba estaba
roto, apartó la masa muerta de delante de su camino y avanzó
valientemente por el
suelo de plata del castillo hacia el sitio del muro de donde colgaba el
escudo; el
cual, en verdad, no esperó a que estuviese él muy cerca, sino que cayó
a sus pies
sobre el pavimento de plata, con un pesado y terrible ruido. “
Apenas habían pasado entre mis labios estas últimas sílabas, y como si
en realidad
hubiera caído en aquel momento un escudo de bronce pesadamente
sobre un suelo
de plata, oí el eco claro, profundo, metálico, resonante, si bien sordo en
aparición.
Excitado a más no poder, salté sobre mis pies, en tanto que Usher no
había
interrumpido su balanceo acompasado.
Sus ojos estaban fijos ante sí, y toda su fisonomía, contraída por una
pétreo rigidez.
Pero cuando puse la mano sobre su hombro, un fuerte estremecimiento

recorrió toda
su ser, una débil sonrisa tembló sobre sus labios, y vi que hablaba con
un murmullo
apagado, rápido y balbuciente, como si no se diera cuenta de mi
presencia.
Inclinándome sobre él, absorbí al fin el horrendo significado de sus
palabras
—¿No oye usted? Sí, yo oigo, y he oído. Durante mucho, mucho
tiempo, muchos
minutos, muchas horas, muchos días, he oído; pero no me atrevía. ¡Oh,
piedad para
mí, mísero desdichado que soy! ¡No me atrevía, no me atrevía a hablar!
¡La hemos
metido viva en la tumba! ¿No le he dicho que mis sentidos están
agudizados? Le digo
ahora que he oído sus primeros débiles movimientos dentro del ataúd.
Los he oído
hace muchos, muchos días, y, sin embargo, ¡no me atreví a hablar! Y
ahora, esta
noche, Ethelredo, ¡ja, ja! ¡La puerta del ermitaño rota, el grito de
muerte del dragón y
el estruendo del escudo, diga usted mejor el arrancamiento de su
féretro, y el
chirrido de los goznes de hierro de su prisión, y su lucha dentro de la
bóveda de
cobre! ¡Oh! ¿Adónde huir? ¿No estará ella aquí en seguida? ¿No va a
aparecer para
reprocharme mi precipitación? ¿No he oído su paso en la escalera?
¿No percibo el
pesado y horrible latir de su corazón? ¡Insensato!—y en ese momento
se alzó
furiosamente de puntillas y aulló sus sílabas como si en aquel esfuerzo
exhalase su

alma—: Insensato. ¡Le digo a usted que ella está ahora detrás de la puerta!

En el mismo instante, como si la energía sobrehumana de sus palabras hubiese adquirido la potencia de un hechizo, las grandes y antiguas hojas que él señalaba entreabrieron pausadamente sus pesadas mandíbulas de ébano. Era aquello obra de una furiosa ráfaga, pero en el marco de aquella puerta estaba entonces la alta y amortajada figura de lady Madeline de Usher. Había sangre sobre su blanco ropaje, y toda su demacrada persona mostraba las señales evidentes de una enconada lucha.

Durante un momento permaneció trémula y vacilante sobre el umbral; luego, con un grito apagado y quejumbroso, cayó a plomo hacia adelante sobre su hermano, y en su violenta y ahora definitiva agonía le arrastró al suelo, ya cadáver y víctima de sus terrores anticipados.

Huí de aquella habitación y de aquella mansión, horrorizado. La tempestad se desencadenaba aún en toda su furia cuando franqueé la vieja calzada.

De pronto una luz intensa se proyectó sobre el camino y me volví para ver dónde podía brotar claridad tan singular, pues sólo tenía a mi espalda la vasta mansión y sus sombras.

La irradiación provenía de la luna llena, que se ponía entre un rojo de sangre, y que ahora brillaba con viveza a través de aquella grieta antes apenas visible, y que,

como ya he dicho al principio, se extendía, zigzagueando, desde el tejado del edificio hasta la base. Mientras la examinaba, aquella grieta se ensanchó con rapidez; hubo de nuevo una impetuosa ráfaga, un remolino; el disco entero del satélite estalló de repente ante mi vista; mi cerebro se alteró cuando vi los pesados muros desplomarse, partidos en dos; resonó un largo y tumultuoso estruendo, como la voz de mil cataratas, y el estanque profundo y fétido, situado a mis pies, se cerró tétrica y silenciosamente sobre los restos de la Casa de Usher.
FIN DE
“EL HUNDIMIENTO DE LA CASA DE USHER”

Edgar Allan Poe
El pozo y el péndulo

Impia tortorum longas hic turba furores sanguinis innocui, non satiata,
aluit, sospite nunc
patria, fracto nunc funeris antro, mors ubi dira fuit vita salusque patent.
(Cuarteto compuesto para las puertas de un mercado que debió erigirse
en el solar del
Club de los Jacobinos, en París.)
Estaba agotado, agotado hasta no poder más, por aquella larga agonía.
Cuando, por último, me desataron y pude sentarme, noté que perdía el
conocimiento. La sentencia, la espantosa sentencia de muerte, fue la
última
frase claramente acentuada que llegó a mis oídos. Luego, el sonido de
las
voces de los inquisidores me pareció que se apagaba en el indefinido

zumbido
de un sueño. El ruido aquel provocaba en mi espíritu una idea de
rotación,
quizá a causa de que lo asociaba en mis pensamientos con una rueda de
molino. Pero aquello duró poco tiempo, porque, de pronto, no oí nada
más. No
obstante, durante algún rato pude ver, pero ¡con qué terrible
exageración!

Veía los labios de los jueces vestidos de negro: eran blancos, más
blancos
que la hoja de papel sobre la que estoy escribiendo estas palabras; y
delgados hasta lo grotesco, adelgazados por la intensidad de su dura
expresión, de su resolución inexorable, del riguroso desprecio al dolor
humano.

Veía que los decretos de lo que para mí representaba el Destino salían
aún de
aquellos labios. Los vi retorcerse en una frase mortal, les vi pronunciar
las
sílabas de mi nombre, y me estremecí al ver que el sonido no seguía al
movimiento.

Durante varios momentos de espanto frenético vi también la blanda y
casi

imperceptible ondulación de las negras colgaduras que cubrían las
paredes de
la sala, y mi vista cayó entonces sobre los siete grandes hachones que
se

habían colocado sobre la mesa. Tomaron para mí, al principio, el
aspecto de
la caridad, y los imaginé ángeles blancos y esbeltos que debían
salvarme.

Pero entonces, y de pronto, una náusea mortal invadió mi alma, y sentí
que
cada fibra de mi ser se estremecía como si hubiera estado en contacto

con el
hilo de una batería galvánica. Y las formas angélicas convertíanse en
insignificantes espectros con cabeza de llama, y claramente comprendí
que no
debía esperar de ellos auxilio alguno. Entonces, como una magnífica
nota
musical, se insinuó en mi imaginación la idea del inefable reposo que nos
espera en la tumba. Llegó suave, furtivamente; creo que necesité un
gran rato
para apreciarla por completo. Pero en el preciso instante en que mi
espíritu
comenzaba a sentir claramente esa idea, y a acariciarla, las figuras de
los
jueces se desvanecieron como por arte de magia; los grandes hachones
se
redujeron a la nada; sus llamas se apagaron por completo, y sobrevino
la
negrura de las tinieblas; todas las sensaciones parecieron desaparecer
como
en una zambullida loca y precipitada del alma en el Hades. Y el
Universo fue
sólo noche, silencio, inmovilidad.
Estaba desvanecido. Pero, no obstante, no puedo decir que hubiese
perdido la
conciencia del todo. La que me quedaba, no intentaré definirla, ni
describirla
siquiera. Pero, en fin, todo no estaba perdido. En medio del más
profundo
sueño..., ¡no! En medio del delirio..., ¡no! En medio del
desvanecimiento..., ¡no!
En medio de la muerte..., ¡no! Si fuera de otro modo, no habría
salvación para
el hombre. Cuando nos despertamos del más profundo sueño,

rompemos la telaraña de algún sueño. Y, no obstante, un segundo más tarde es tan delicado este tejido, que no recordamos haber soñado. Dos grados hay, al volver del desmayo a la vida: el sentimiento de la existencia moral o espiritual y el de la existencia física. Parece probable que si, al llegar al segundo grado, hubiéramos de evocar las impresiones del primero, volveríamos a encontrar todos los recuerdos elocuentes del abismo trasmundano. ¿Y cuál es ese abismo? ¿Cómo, al menos, podremos distinguir sus sombras de las de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he llamado primer grado no acuden de nuevo al llamamiento de la voluntad, no obstante, después de un largo intervalo, ¿no aparecen sin ser solicitadas, mientras, maravillados. nos preguntamos de dónde proceden? Quien no se haya desmayado nunca no descubrirá extraños palacios y casas singularmente familiares entre las ardientes llamas; no será el que contemple, flotantes en el aire, las visiones melancólicas que el vulgo no puede vislumbrar, no será el que medite sobre el perfume de alguna flor desconocida, ni el que se perderá en el misterio de alguna melodía que nunca hubiese llamado su atención hasta entonces. En medio de mis repetidos e insensatos esfuerzos, en medio de mi enérgica tenacidad en recoger algún vestigio de ese estado de vacío aparente en el que mi alma había caído, hubo instantes en que soñé triunfar. Tuve momentos

breves, brevísimos en que he llegado a condensar recuerdos que en épocas

posteriores mi razón lúcida me ha afirmado no poder referirse sino a ese estado en que parece aniquilada la conciencia. Muy confusamente me presentan esas sombras de recuerdos grandes figuras que me levantaban,

transportándome silenciosamente hacia abajo, aún más hacia abajo, cada vez

más abajo, hasta que me invadió un vértigo espantoso a la simple idea del

infinito en descenso.

También me recuerdan no sé qué vago espanto que experimentaba el corazón,

precisamente a causa de la calma sobrenatural de ese corazón. Luego el sentimiento de una repentina inmovilidad en todo lo que me rodeaba, como si

quienes me llevaban, un cortejo de espectros, hubieran pasado, al descender,

los límites de lo ilimitado, y se hubiesen detenido, vencidos por el hastío infinito

de su tarea. Recuerda mi alma más tarde una sensación de insipidez y de

humedad; después, todo no es más que locura, la locura de una memoria que

se agita en lo abominable.

De pronto vuelven a mi alma un movimiento y un sonido: el movimiento tumultuoso del corazón y el rumor de sus latidos. Luego, un intervalo en el que

todo desaparece. Luego, el sonido de nuevo, el movimiento y el tacto, como

una sensación vibrante penetradora de mi ser. Después la simple conciencia

de mi existencia sin pensamiento, sensación que duró mucho. Luego,

bruscamente, el pensamiento de nuevo, un temor que me producía escalofríos y un esfuerzo ardiente por comprender mi verdadero estado. Después, un vivo afán de caer en la insensibilidad. Luego, un brusco renacer del alma y una afortunada tentativa de movimiento. Entonces, el recuerdo completo del proceso, de los negros tapices, de la sentencia, de mi debilidad, de mi desmayo. Y el olvido más completo en torno a lo que ocurrió más tarde.

Únicamente después, y gracias a la constancia más enérgica, he logrado recordarlo vagamente.

No había abierto los ojos hasta ese momento. Pero sentía que estaba tendido

de espaldas y sin ataduras. Extendí la mano y pesadamente cayó sobre algo

húmedo y duro. Durante algunos minutos la dejé descansar así, haciendo

esfuerzos por adivinar dónde podía encontrarme y lo que había sido de mí.

Sentía una gran impaciencia por hacer uso de mis ojos, pero no me atreví.

Tenía miedo de la primera mirada sobre las cosas que me rodeaban. No es

que me aterrorizara contemplar cosas horribles, sino que me aterraba la idea

de no ver nada.

A la larga, con una loca angustia en el corazón, abrí rápidamente los ojos. Mi

espantoso pensamiento hallábase, pues, confirmado. Me rodeaba la negrura

de la noche eterna. Me parecía que la intensidad de las tinieblas me oprimía y

me sofocaba. La atmósfera era intolerablemente pesada. Continué acostado tranquilamente e hice un esfuerzo por emplear mi razón. Recordé los procedimientos inquisitoriales, y, partiendo de esto, procuré deducir mi posición verdadera. Había sido pronunciada la sentencia y me parecía que desde entonces había transcurrido un largo intervalo de tiempo. No obstante, ni un solo momento imaginé que estuviera realmente muerto. A pesar de todas las ficciones literarias, semejante idea es absolutamente incompatible con la existencia real. Pero ¿dónde me encontraba y cuál era mi estado? Sabía que los condenados a muerte morían con frecuencia en los autos de fe. La misma tarde del día de mi juicio habíase celebrado una solemnidad de esta especie. ¿Me habían llevado, acaso, de nuevo a mi calabozo para aguardar en él el próximo sacrificio que había de celebrarse meses más tarde? Desde el principio comprendí que esto no podía ser. Inmediatamente había sido puesto en requerimiento el contingente de víctimas.

Por otra parte, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados, en Toledo, estaba empedrado y había en él alguna luz. Repentinamente, una horrible idea aceleró mi sangre en torrentes hacia mi corazón, y durante unos instantes caí de nuevo en mi insensibilidad. Al volver en mí, de un solo movimiento me levanté sobre mis pies, temblando convulsivamente en cada fibra. Desatinadamente, extendí mis brazos por encima de mi cabeza y a mi alrededor, en todas direcciones. No sentí

nada.

No obstante, temblaba a la idea de dar un paso, pero me daba miedo tropezar

contra los muros de mi tumba. Brotaba el sudor por todos mis poros, y en

gruesas gotas frías se detenía sobre mi frente. A la larga, se me hizo intolerable la agonía de la incertidumbre y avancé con precaución, extendiendo

los brazos y con los ojos fuera de sus órbitas, con la esperanza de hallar un

débil rayo de luz. Di algunos pasos, pero todo estaba vacío y negro.

Respiré

con mayor libertad. Por fin, me pareció evidente que el destino que me habían

reservado no era el más espantoso de todos.

Y entonces, mientras precavidamente continuaba avanzando, se confundían en

masa en mi memoria mil vagos rumores que sobre los horrores de Toledo

corrían. Sobre estos calabozos contábanse cosas extrañas. Yo siempre había

creído que eran fábulas; pero, sin embargo, eran tan extraños, que sólo podían repetirse en voz baja. ¿Debía morir yo de hambre, en aquel subterráneo mundo de tinieblas, o qué muerte más terrible me esperaba?

Puesto que conocía demasiado bien el carácter de mis jueces, no podía dudar

de que el resultado era la muerte, y una muerte de una amargura escogida. Lo

que sería, y la hora de su ejecución, era lo único que me preocupaba y me

aturdía.

Mis extendidas manos encontraron, por último un sólido obstáculo. Era

una

pared que parecía construida de piedra, muy lisa, húmeda y fría. La fui siguiendo de cerca, caminando con la precavida desconfianza que me habían

inspirado ciertas narraciones antiguas. Sin embargo, esta operación no me

proporcionaba medio alguno para examinar la dimensión de mi calabozo, pues

podía dar la vuelta y volver al punto de donde había partido sin darme cuenta

de lo perfectamente igual que parecía la pared. En vista de ello busqué el

cuchillo que guardaba en uno de mis bolsillos cuando fui conducido al tribunal.

Pero había desaparecido, porque mis ropas habían sido cambiadas por un

traje de grosera estameña.

Con objeto de comprobar perfectamente mi punto de partida, había pensado

clavar la hoja en alguna pequeña grieta de la pared. Sin embargo, la dificultad

era bien fácil de ser solucionada, y, no obstante, al principio, debido al desorden de mi pensamiento, me pareció insuperable. Rasgué una tira de la

orla de mi vestido y la coloqué en el suelo en toda su longitud, formando un

ángulo recto con el muro. Recorriendo a tientas mi camino en torno a mi calabozo, al terminar el circuito tendría que encontrar el trozo de tela.

Por lo

menos, esto era lo que yo creía, pero no había tenido en cuenta ni las dimensiones de la celda ni mi debilidad. El terreno era húmedo y resbaladizo.

Tambaleándome, anduve durante algún rato. Después tropecé y caí. Mi

gran

cansancio me decidió a continuar tumbado, y no tardó el sueño en apoderarse

de mí en aquella posición.

Al despertarme y alargar el brazo hallé a mi lado un pan y un cántaro con

agua. Estaba demasiado agotado para reflexionar en tales circunstancias, y

bebí y comí ávidamente. Tiempo más tarde reemprendí mi viaje en torno a mi

calabozo, y trabajosamente logré llegar al trozo de estameña. En el momento

de caer había contado ya cincuenta y dos pasos, y desde que reanudé el

camino hasta encontrar la tela, cuarenta y ocho. De modo que medía un total

de cien pasos, y suponiendo que dos de ellos constituyeran una yarda, calculé

en unas cincuenta yardas la circunferencia de mi calabozo. Sin embargo, había

tropezado con numerosos ángulos en la pared, y esto impedía el conjeturar la

forma de la cueva, pues no había duda alguna de que aquello era una cueva.

No ponía gran interés en aquellas investigaciones, y con toda seguridad estaba

desalentado. Pero una vaga curiosidad me impulsó a continuarlas.

Dejando la

pared, decidí atravesar la superficie de mi prisión. Al principio procedí con

extrema precaución, pues el suelo, aunque parecía ser de una materia dura,

era traidor por el limo que en él había. No obstante, al cabo de un rato

logré

animarme y comencé a andar con seguridad, procurando cruzarlo en línea

recta.

De esta forma avancé diez o doce pasos, cuando el trozo rasgado que quedaba de orla se me enredó entre las piernas, haciéndome caer de bruces

violentamente.

En la confusión de mi caída no noté al principio una circunstancia no muy

sorprendente y que, no obstante, segundos después, hallándome todavía en el

suelo, llamó mi atención. Mi barbilla apoyábase sobre el suelo del calabozo,

pero mis labios y la parte superior de la cabeza, aunque parecían colocados a

menos altura que la barbilla, no descansaban en ninguna parte. Me pareció, al

mismo tiempo, que mi frente se empapaba en un vapor viscoso y que un extraño olor a setas podridas llegaba hasta mi nariz. Alargué el brazo y me

estremecí, descubriendo que había caído al borde mismo de un pozo circular

cuya extensión no podía medir en aquel momento. Tocando las paredes precisamente debajo del brocal, logré arrancar un trozo de piedra y la dejé

caer en el abismo. Durante algunos segundos presté atención a sus rebotes.

Chocaba en su caída contra las paredes del pozo. Lúgubrementemente, se hundió

por último en el agua, despertando ecos estridentes. En el mismo instante

dejóse oír un ruido sobre mi cabeza, como de una puerta abierta y

cerrada

casi al mismo tiempo, mientras un débil rayo de luz atravesaba
repentinamente

la oscuridad y se apagaba en seguida.

Con toda claridad vi la suerte que se me preparaba, y me felicité por el
oportuno accidente que me había salvado. Un paso más, y el mundo no
me

hubiera vuelto a ver. Aquella muerte, evitada a tiempo, tenía ese mismo
carácter que había yo considerado como fabuloso y absurdo en las
historias

que sobre la Inquisición había oído contar. Las víctimas de su tiranía no
tenían

otra alternativa que la muerte, con sus crueles agonías físicas o con sus
abominables torturas morales. Esta última fue la que me había sido
reservada.

Mis nervios estaban abatidos por un largo sufrimiento, hasta el punto
que me

hacía temblar el sonido de mi propia voz, y me consideraba por todos
motivos

una víctima excelente para la clase de tortura que me aguardaba.

Temblando, retrocedí a tientas hasta la pared, decidido a dejarme morir
antes

que afrontar el horror de los pozos que en las tinieblas de la celda
multiplicaba

mi imaginación. En otra situación de ánimo hubiese tenido el suficiente
valor

para concluir con mis miserias de una sola vez, lanzándome a uno de
aquellos

abismos, pero en aquellos momentos era yo el más perfecto de los
cobardes.

Por otra parte, me era imposible olvidar lo que había leído con respecto
a

aquellos pozos, de los que se decía que la extinción repentina de la vida

era

una esperanza cuidadosamente excluida por el genio infernal de quien los

había concebido.

Durante algunas horas me tuvo despierto la agitación de mi ánimo. Pero, por

último, me adormecí de nuevo. Al despertarme, como la primera vez, hallé a

mi lado un pan y un cántaro de agua. Me consumía una sed abrazadora, y de

un trago vacíe el cántaro. Algo debía de tener aquella agua, pues apenas bebí

sentí unos irresistibles deseos de dormir. Caí en un sueño profundo parecido

al de la muerte. No he podido saber nunca cuánto tiempo duró; pero, al abrir

los ojos, pude distinguir los objetos que me rodeaban. Gracias a una extraña

claridad sulfúrea, cuyo origen no pude descubrir al principio, podía ver la

magnitud y aspecto de mi cárcel.

Me había equivocado mucho con respecto a sus dimensiones. Las paredes no

podían tener más de veinticinco yardas de circunferencia. Durante unos minutos, ese descubrimiento me turbó grandemente, turbación en verdad

pueril, ya que, dadas las terribles circunstancias que me rodeaban, ¿qué cosa

menos importante podía encontrar que las dimensiones de mi calabozo?

Pero

mi alma ponía un interés extraño en las cosas nimias, y tenazmente me dediqué a darme cuenta del error que había cometido al tomar las medidas a

aquel recinto. Por último se me apareció como un relámpago la luz de la verdad. En mi primera exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de caer. En ese instante debía encontrarme a uno o dos pasos del trozo de tela. Realmente, había efectuado casi el circuito de la cueva. Entonces me dormí, y al despertarme, necesariamente debí de volver sobre mis pasos, creando así un circuito casi doble del real. La confusión de mi cerebro me impidió darme cuenta de que había empezado la vuelta con la pared a mi izquierda y que la terminaba teniéndola a la derecha. También me había equivocado por lo que respecta a la forma del recinto. Tanteando el camino, había encontrado varios ángulos, deduciendo de ello la idea de una gran irregularidad; tan poderoso es el efecto de la oscuridad absoluta sobre el que sale de un letargo o de un sueño. Los ángulos eran, sencillamente, producto de leves depresiones o huecos que se encontraban a intervalos desiguales. La forma general del recinto era cuadrada. Lo que creí mampostería parecía ser ahora hierro u otro metal dispuesto en enormes planchas, cuyas suturas y juntas producían las depresiones. La superficie de aquella construcción metálica estaba embadurnada groseramente con toda clase de emblemas horrorosos y repulsivos, nacidos de la superstición sepulcral de los frailes. Figuras de demonios con amenazadores gestos, con formas de esqueleto y otras imágenes del horror más realista llenaban en toda su extensión las paredes. Me di cuenta de

que

los contornos de aquellas monstruosidades estaban suficientemente claros,

pero que los colores parecían manchados y estropeados por efecto de la

humedad del ambiente. Vi entonces que el suelo era de piedra. En su centro

había un pozo circular, de cuya boca había yo escapado, pero no vi que hubiese alguno más en el calabozo.

Todo esto lo vi confusamente y no sin esfuerzo, pues mi situación física había

cambiado mucho durante mi sueño. Ahora, de espaldas, estaba acostado cuan

largo era sobre una especie de armadura de madera muy baja. Estaba atado

con una larga tira que parecía de cuero. Enrollábase en distintas vueltas en

torno a mis miembros y a mi cuerpo, dejando únicamente libres mi cabeza y mi

brazo izquierdo. Sin embargo, tenía que hacer un violento esfuerzo para alcanzar el alimento que contenía un plato de barro que habían dejado a

mi

lado sobre el suelo. Con verdadero terror me di cuenta de que el cántaro

había desaparecido, y digo con terror porque me devoraba una sed intolerable. Creí entonces que el plan de mis verdugos consistía en

exasperar

esta sed, puesto que el alimento que contenía el plato era una carne cruelmente salada.

Levanté los ojos y examiné el techo de mi prisión. Hallábase a una altura de

treinta o cuarenta pies y parecíase mucho, por su construcción, a las paredes

laterales. En una de sus caras llamó mi atención una figura de las más singulares. Era una representación pintada del Tiempo, tal como se acostumbra representarle, pero en lugar de la guadaña tenía un objeto que a primera vista creí se trataba de un enorme péndulo como los de los relojes antiguos. No obstante, algo había en el aspecto de aquella máquina que me hizo mirarla con más detención. Mientras la observaba directamente, mirando hacia arriba, pues hallábase colocada exactamente sobre mi cabeza, me pareció ver que se movía. Un momento después se confirmaba mi idea. Su balanceo era corto y, por tanto, muy lento. No sin cierta desconfianza, y, sobre todo, con extrañeza la observé durante unos minutos. Cansado, al cabo de vigilar su fastidioso movimiento, volví mis ojos a los demás objetos de la celda. Un ruido leve atrajo mi atención. Miré al suelo y vi algunas enormes ratas que lo cruzaban. Habían salido del pozo que yo podía distinguir a mi derecha. En ese instante, mientras las miraba, subieron en tropel, a toda prisa, con voraces ojos y atraídas por el olor de la carne. Me costó gran esfuerzo y atención apartarlas. Transcurrió media hora, tal vez una hora—pues apenas imperfectamente podía medir el tiempo— cuando, de nuevo, levanté los ojos sobre mí. Lo que

entonces vi me dejó atónito y sorprendido. El camino del péndulo había aumentado casi una yarda, y, como consecuencia natural, su velocidad era también mucho mayor. Pero, principalmente, lo que más me impresionó fue la idea de que había descendido visiblemente. Puede imaginarse con qué espanto observé entonces que su extremo inferior estaba formado por media luna de brillante acero, que, aproximadamente, tendría un pie de largo de un cuerno a otro. Los cuernos estaban dirigidos hacia arriba, y el filo inferior, evidentemente afilado como una navaja barbera. También parecía una navaja barbera, pesado y macizo, y ensanchábase desde el filo en una forma ancha y sólida. Se ajustaba a una gruesa varilla de cobre, y todo ello silbaba moviéndose en el espacio. Ya no había duda alguna con respecto a la suerte que me había preparado la horrible ingeniosidad monacal. Los agentes de la Inquisición habían previsto mi descubrimiento del pozo; del pozo, cuyos horrores habían sido reservados para un hereje tan temerario como yo; del pozo, imagen del infierno, considerado por la opinión como la Ultima Tule de todos los castigos. El más fortuito de los accidentes me había salvado de caer en él, y yo sabía que el arte de convertir el suplicio en un lazo y una sorpresa constituía una rama importante de aquel sistema fantástico de ejecuciones misteriosas. Por lo

visto, habiendo fracasado mi caída en el pozo, no figuraba en el demoníaco plan arrojarme a él. Por tanto, estaba destinado, y en este caso sin ninguna alternativa, a una muerte distinta y más dulce ¡Mas dulce! En mi agonía, pensando en el uso singular que yo hacía de esta palabra, casi sonreí. ¿Para qué contar las largas, las interminables horas de horror, más que mortales, durante las que conté las vibrantes oscilaciones del acero?

Pulgada

a pulgada, línea a línea, descendía gradualmente, efectuando un descenso

sólo apreciable a intervalos, que eran para mí más largos que siglos. Y cada

vez más, cada vez más, seguía bajando, bajando.

Pasaron días, tal vez muchos días, antes que llegase a balancearse lo suficientemente cerca de mí para abanicarme con su aire acre. Hería mi olfato

el olor de acero afilado. Rogué al Cielo, cansándolo con mis súplicas, que

hiciera descender más rápidamente el acero. Enloquecí, me volví frenético,

hice esfuerzos para incorporarme e ir al encuentro de aquella espantosa y

movible cimitarra. Y luego, de pronto, se apoderó de mí una gran calma y

permanecí tendido sonriendo a aquella muerte brillante, como podría sonreír

un niño a un juguete precioso.

Transcurrió luego un instante de perfecta insensibilidad. Fue un intervalo muy

corto. Al volver a la vida no me pareció que el péndulo hubiera descendido una

altura apreciable. No obstante, es posible que aquel tiempo hubiese

sido

largoísimo. Yo sabía que existían seres infernales que tomaban nota de mi

desvanecimiento y que a su capricho podían detener la vibración.

Al volver en mí, sentí un malestar y una debilidad indecibles, como resultado

de una enorme inanición. Aun entre aquellas angustias, la naturaleza humana

suplicaba el sustento. Con un esfuerzo penoso, extendí mi brazo izquierdo tan

lejos como mis ligaduras me lo permitían, y me apoderé de un pequeño sobrante que las ratas se habían dignado dejarme. Al llevarme un

pedazo a los

labios, un informe pensamiento de extraña alegría, de esperanza, se alojó en

mi espíritu. No obstante, ¿qué había de común entre la esperanza y yo?

Repito que se trataba de un pensamiento informe. Con frecuencia tiene el

hombre pensamientos así, que nunca se completan. Me di cuenta de que se

trataba de un pensamiento de alegría, de esperanza, pero comprendí también

que había muerto al nacer. Me esforcé inútilmente en completarlo, en recobrarlo. Mis largos sufrimientos habían aniquilado casi por completo

las

ordinarias facultades de mi espíritu. Yo era un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo se efectuaba en un plano que formaba ángulo recto

con mi cuerpo. Vi que la cuchilla había sido dispuesta de modo que atravesara

la región del corazón. Rasgaría la tela de mi traje, volvería luego y repetiría la

operación una y otra vez. A pesar de la gran dimensión de la curva

recorrida—unos treinta pies, más o menos—y la silbante energía de su descenso, que incluso hubiera podido cortar aquellas murallas de hierro, todo cuanto podía hacer, en resumen, y durante algunos minutos, era rasgar mi traje.

Y en este pensamiento me detuve. No me atrevía a ir más allá de él.

Insistí

sobre él con una sostenida atención, como si con esta insistencia hubiera podido parar allí el descenso de la cuchilla. Empecé a pensar en el sonido que

produciría ésta al pasar sobre mi traje, y en la extraña y penetrante sensación

que produce el roce de la tela sobre los nervios. Pensé en todas esas cosas,

hasta que los dientes me rechinaron.

Más bajo, más bajo aún. Deslizábase cada vez más bajo. Yo hallaba un placer

frenético en comparar su velocidad de arriba abajo con su velocidad lateral.

Ahora, hacia la derecha; ahora, hacia la izquierda. Después se iba lejos, lejos,

y volvía luego, con el chillido de un alma condenada, hasta mi corazón con el

andar furtivo del tigre. Yo aullaba y reía alternativamente, según me dominase

una u otra idea.

Más bajo, invariablemente, inexorablemente más bajo. Movíase a tres pulgadas de mi pecho. Furiosamente, intenté libertar con violencia mi brazo

izquierdo. Estaba libre solamente desde el codo hasta la mano.

Únicamente

podía mover la mano desde el plato que habían colocado a mi lado

hasta mi

boca; sólo esto, y con un gran esfuerzo. Si hubiera podido romper las ligaduras por encima del codo, hubiese cogido el péndulo e intentado detenerlo, lo que hubiera sido como intentar detener una avalancha. Siempre mas bajo, incesantemente, inevitablemente más bajo.

Respiraba con

verdadera angustia, y me agitaba a cada vibración. Mis ojos seguían el vuelo

ascendente de la cuchilla y su caída, con el ardor de la desesperación más

enloquecida; espasmódicamente, cerrábanse en el momento del descenso

sobre mí. Aun cuando la muerte hubiera sido un alivio, ¡oh, qué alivio más

indecible! Y, sin embargo, temblaba con todos mis nervios al pensar que bastaría que la máquina descendiera un grado para que se precipitara sobre

mi pecho el hacha afilada y reluciente. Y mis nervios temblaban, y hacían

encoger todo mi ser a causa de la esperanza. Era la esperanza, la esperanza

triumfante aún sobre el potro, que dejábase oír al oído de los condenados a

muerte, incluso en los calabozos de la Inquisición.

Comprobé que diez o doce vibraciones, aproximadamente, pondrían el acero

en inmediato contacto con mi traje, Y con esta observación entróse en mi

ánimo la calma condensada y aguda de la desesperación. Desde hacía muchas horas, desde hacía muchos días, tal vez, pensé por primera vez.

Se

me ocurrió que la tira o correa que me ataba era de un solo trozo.

Estaba

atado con una ligadura continuada. La primera mordedura de la cuchilla de la media luna, efectuada en cualquier lugar de la correa, tenía que desatarla lo suficiente para permitir que mi mano la desenrollara de mi cuerpo. ¡Pero qué terrible era, en este caso, su proximidad! El resultado de la más ligera sacudida había de ser mortal. Por otra parte ¿habrían previsto o impedido esta posibilidad los secuaces del verdugo? ¿Era probable que en el recorrido del péndulo atravesasen mi pecho las ligaduras? Temblando al imaginar frustrada mi débil esperanza, la última, realmente, levanté mi cabeza lo bastante para ver bien mi pecho. La correa cruzaba mis miembros estrechamente, juntamente con todo mi cuerpo, en todos sentidos, menos en la trayectoria de la cuchilla homicida. Aún no había dejado caer de nuevo mi cabeza en su primera posición, cuando sentí brillar en mi espíritu algo que sólo sabría definir, aproximadamente, diciendo que era la mitad no formada de la idea de libertad que ya he expuesto, y de la que vagamente había flotado en mi espíritu una sola mitad cuando llevé a mis labios ardientes el alimento. Ahora, la idea entera estaba allí presente, débil, apenas viable, casi indefinida, pero, en fin, completa. Inmediatamente, con la energía de la desesperación, intenté llevarla a la práctica. Hacia varias horas que cerca del caballete sobre el que me hallaba acostado se encontraba un número incalculable de ratas. Eran tumultuosas, atrevidas, voraces. Fijaban en mí sus ojos, como si no esperasen más que mi

inmovilidad

para hacer presa. “¿A qué clase de alimento—pensé—se habrá acostumbrado en este pozo?”

Menos una pequeña parte, y a pesar de todos mis esfuerzos para impedirlo,

había devorado el contenido del plato; pero a la larga, la uniformidad maquina

de ese movimiento le había restado eficacia. Aquella plaga, en su voracidad,

dejaba señales de sus agudos dientes en mis dedos. Con los restos de la carne aceitosa y picante que aún quedaba, froté vigorosamente mis

ataduras

hasta donde me fue posible hacerlo, y hecho esto retiré mi mano del suelo y

me quedé inmóvil y sin respirar.

Al principio, lo repentino del camino y el cese del movimiento hicieron que los

voraces animales se asustaran. Se apartaron alarmados y algunos volvieron al

pozo. Pero esta actitud no duró más que un instante. No había yo contado en

vano con su glotonería. Viéndome sin movimiento, una o dos o más atrevidas

se encaramaron por el caballete y oliscaron la correa. Todo esto me pareció el

preludio de una invasión general. Un nuevo tropel surgió del pozo.

Agarrándose

a la madera, la escalaron y a centenares saltaron sobre mi cuerpo. Nada las

asustaba el movimiento regular del péndulo. Lo esquivaban y trabajaban

activamente sobre la engrasada tira. Se apretaban moviéndose y se

amontonaban incesantemente sobre mí. Sentía que se retorcían sobre mi

garganta, que sus fríos hocicos buscaban mis labios.

Me encontraba medio sofocado por aquel peso que se multiplicaba contantemente. Un asco espantoso, que ningún hombre ha sentido en el mundo, henchía mi pecho y helaba mi corazón como un pesado vómito.

Un

minuto más, y me daba cuenta de que en más de un sitio habían de estar cortadas. Con una resolución sobrehumana, continué inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos. Mis sufrimientos no habían sido

vanos. Sentí luego que estaba libre. En pedazos, colgaba la correa en torno

de mi cuerpo. Pero el movimiento del péndulo efectuábase ya sobre mi pecho.

L estameña de mi traje había sido atravesada y cortada la camisa.

Efectuó

dos oscilaciones más, y un agudo dolor atravesó mis nervios. Pero había

llegado el instante de salvación. A un ademán de mis manos, huyeron tumultuosamente mis libertadoras. Con un movimiento tranquilo y decidido,

prudente y oblicuo, lento y aplastándome contra el banquillo, me deslicé fuera

del abrazo y de la tira y del alcance de la cimitarra. Cuando menos, por el

momento estaba libre.

¡Libre! ¡Y en las garras de la Inquisición! Apenas había escapado de mi lecho

de horror, apenas hube dado unos pasos por el suelo de mi calabozo, cesó el

movimiento de la máquina infernal y la oí subir atraída hacia el techo por una

fuerza invisible. Aquélla fue una lección que llenó de desesperación mi alma.

Indudablemente, todos mis movimientos eran espiados. ¡Libre! Había escapado de la muerte bajo una determinada agonía, sólo para ser entregado a algo peor que la muerte misma, y bajo otra nueva forma. Pensando en ello, fijé convulsivamente mis ojos en las paredes de hierro que me rodeaban. Algo extraño, un cambio que en principio no pude apreciar claramente, se había producido con toda evidencia en la habitación. Durante varios minutos en los que estuve distraído, lleno de ensueños y escalofríos, me perdí en conjeturas vanas e incoherentes. Por primera vez me di cuenta del origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura, que extendíase en torno del calabozo en la base de las paredes, que, de ese modo, parecían, y en efecto lo estaban, completamente separadas del suelo. Intenté mirar por aquella abertura, aunque, como puede imaginarse, inútilmente. Al levantarme desanimado, se descubrió a mi inteligencia, de pronto, el misterio de la alteración que la celda había sufrido. Había tenido ocasión de comprobar que, aun cuando los contornos de las figuras pintadas en las paredes fuesen suficientemente claros, los colores parecían alterados y borrosos. Ahora acababan de tomar, y tomaban a cada momento, un sorprendente e intensísimo brillo, que daba a aquellas imágenes

fantásticas y diabólicas un aspecto que hubiera hecho temblar a nervios
más
firmes que los míos. Pupilas demoníacas, de una viveza siniestra y feroz,
se
clavaban sobre mí desde mil sitios distintos, donde yo anteriormente no
había
sospechado que se encontrara ninguna, y brillaban cual fulgor lúgubre
de un
fuego que, aunque vanamente, quería considerar completamente
imaginario.
¡Imaginario! Me bastaba respirar para traer hasta mi nariz un vapor de
hierro
enrojecido. Extendíase por el calabozo un olor sofocante. A cada
momento
reflejábase un ardor más profundo en los ojos clavados en mi agonía.
Un rojo
más oscuro se extendía sobre aquellas horribles pinturas sangrientas.
Estaba
jadeante; respiraba con grandes esfuerzos. No había duda sobre el
deseo de
mis verdugos, los más despiadados y demoníacos de todos los
hombres.
Me aparté lejos del metal ardiente, dirigiéndome al centro del calabozo.
Frente
a aquella destrucción por el fuego, la idea de la frescura del pozo llegó a
mi
alma como un bálsamo. Me lancé hacia sus mortales bordes. Dirigí mis
miradas hacia el fondo.
El resplandor de la inflamada bóveda iluminaba sus cavidades más
ocultas. No
obstante, durante un minuto de desvarío, mi espíritu negóse a
comprender la
significación de lo que veía. Al fin, aquello penetró en mi alma, a la

fuerza,
triumfalmente. Se grabó a fuego en mi razón estremecida. ¡Una voz, una voz
para hablar! ¡Oh horror! ¡Todos los horrores, menos ése! Con un grito, me
aparté del brocal, y, escondiendo mi rostro entre las manos, lloré con
amargura.

El calor aumentaba rápidamente, y levanté una vez mas los ojos, temblando en un acceso febril. En la celda habíase operado un segundo cambio, y este
efectuábase, evidentemente, en la forma. Como la primera vez, intenté inútilmente apreciar o comprender lo que sucedía. Pero no me dejaron mucho
tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición era rápida, y dos veces la
había frustrado. No podía luchar por más tiempo con el rey del espanto. La
celda había sido cuadrada. Ahora notaba que dos de sus ángulos de hierro
eran agudos, y, por tanto obtusos los otros dos. Con un gruñido, con un sordo
gemido, aumentaba rápidamente el terrible contraste. En un momento, la estancia había convertido su forma en la de un rombo. Pero
la transformación no se detuvo aquí. No deseaba ni esperaba que se parase.
Hubiera llegado a los muros al rojo para aplicarlos contra mi pecho, como si
fueran una vestidura de eterna paz. “¡La muerte!—me dije—. ¡Cualquier
muerte, menos la del pozo!” ¡Insensato! ¿Cómo no pude comprender que el

pozo era necesario, que aquel pozo único era la razón del hierro candente que me sitiaba? ¿Resistiría yo su calor? Y aun suponiendo que pudiera resistirlo, ¿podría sostenerme contra su presión? Y el rombo se aplastaba, se aplastaba, con una rapidez que no me dejaba tiempo para pensar. Su centro, colocado sobre la línea de mayor anchura, coincidía precisamente con el abismo abierto. Intenté retroceder, pero los muros, al unirse, me empujaban con una fuerza irresistible. Llegó, por último, un momento en que mi cuerpo, quemado y retorcido, apenas halló sitio para él, apenas hubo lugar para mis pies en el suelo de la prisión. No luché más, pero la agonía de mi alma se exteriorizó en un fuerte y prolongado grito de desesperación. Me di cuenta de que vacilaba sobre el brocal, y volví los ojos... Pero he aquí un ruido de voces humanas. Una explosión, un huracán de trompetas, un poderoso rugido semejante al de mil truenos. Los muros de fuego echáronse hacia atrás precipitadamente. Un brazo alargado me cogió del mío, cuando, ya desfalleciente, me precipitaba en el abismo. Era el brazo del general Lasalle. Las tropas francesas habían entrado en Toledo. La Inquisición hallábase en poder de sus enemigos.